

Y todo esto constituye mis verdaderas fuerzas y mis verdaderas defensas, apesar de que las luchas incesantes me han creado una situación moral de debilidad y cobardía, tan agudas a veces como para deses- perar a un hombre fuerte.

Esas cartas han escogido un camino que debieron respetar.

Sólo escogieron bien el momento para llagarnos. Pero rechazo de plano el espec- táculo callejero de la gresca. El amor, ya sea de una burguesa o de una comunista, es siempre el mismo, es la pobrecita cosa que se escapó de las matemáticas de Carlos Marx. ¡Desclasado! . . . El sentimiento de esa carta que te llega en tu mala hora de encarcelado, no es por cierto el de un cariño puro, son calumnias sobre una mujer que ella bien sabe que tú respetas y amas tanto, insultos y calumnias mientras se enreda en la cómoda máscara de la legalidad bur- guesa, mientras más se enreda en sus pro- testas revolucionarias. Carta sórdida . . . tortuosa . . .

Pero mi vida se ha tomado con tu vida una seria responsabilidad, y mis ojos tienen marcado a fuego el camino de tu cárcel y el camino de mi hijito que me espera siem- pre con la boquita abierta como los pichones.

21 de julio.—Hoy me ha partido el alma tu protesta dolorosa, y lo que es más tremendo, me ha traído la seguridad de nuestro amor irreconciliable.

Yo ya no puedo más. No puedo ofrecer más de lo que he dado. Claro que puedo seguir dando . . . dando . . . mi vida no ha

sido otra cosa. Pero tú tendrás pronto tus pasos fuera de la celda.

Te prometí no volver al médico y lo hago. Tampoco he de ver a esa gente que nos ayu- daba con algo para comer.

Eso en cuanto a tus celos.

Después en lo que se refiere a tus golpes de ayer, te diré que estoy profundamente seria y desencantada.

Mi gran amor por ti quiere salvarte; pero tengo la sensación fría y desagradable que deja un vaso de agua que se cae en la falda. Tengo la nuca y las rodillas heladas.

Si es que dudas de mí, algún día solita- rio por la incomprensión, trabajado por el verdadero dolor y la miseria volverás a creer y me buscarás. Pobre niño mío, te beso llorando.

23 de julio.—Toda la mañana estuve pidiéndole "mi pase" al nuevo director; pero no legré nada; esas fieras son asque- rosamente débiles y asquerosamente fuer- tes . . . he salido de allí desgarrada vién- dote a través de las rejas paseándote deses- perado y nervioso.

Pero te suplico que tengas tranquilidad, estoy vehementemente junto a ti.

Te escribiré todos los días. Te mandaré buenos libros: Marx, Engels y Lenin, los mejores teóricos que encuentre, de litera- tura es imposible, no vale la pena ningún poeta de ser leído en la cárcel, están podri- dos en las Sacristías; de todos modos te copiaré algo del viejo Whitman.

Pinta y trabaja tus grabados en madera. Te adora tu noviecita de Maldonado.

el menos respetable por lo *zipote*) y se las iba a poner a su patrono. Tenía ce- los de una vieja que le disputaba la predilección. La vieja le adelantaba en limosnas. En aquel rincón oscuro se marchitaban hasta las rosas de papel. El llanto de las candelas se había cuajado en la mesa de lata. Los rezos habían atraído algunas avispa que panaleaban en las cornisas.

Aquella madrugada Agruelio se había levantado como siempre al impulso de su presentimiento de gallo que conoce la vecindad del sol. Entró a la iglesia con un portazo. Anduvo preparando el vino para la misa de cinco. Luego fué taconeando a encender las candelas. Dejó la vara en un rincón y empezó a subir al campanario para dar el primer *toque*.

Su mano gris agarrada del badajo se puso a tirar sobre el pueblo dormido grandes anillos sonoros que caían ondu- lando, ondulando abriéndose, abriéndose hasta llegar a la orilla del cielo donde des- puntaban ligeros clarores. Luego Agruelio bajó: chas, chas, chas, de grada en grada, siempre arrastrisco, apoyándose con una mano en la pared del caracol. En la *es- curana* las candelas pintaban claror con sus brochitas rojas. Los *murciégalos* en- traban borrachos huyendo del día; es- cupían y se colgaban como *tasajos* en las vigas; uno que otro rozaba la cara del sacristán con su cuerpo de *guineyo* pasado.

—¡Estos babosos!... ¡Shé!...

Quería quitárselos a manotadas, como a moscas. No le *casaba* mucho el pa- ñuelo espeluznante de las alas de carne

—Bían dihacer recogida con estos ra- tones volantes. Tienen carediablo, diente- tes, pelos y juman... ¡Papadas!...

Se fué derecho al crucero. Al llegar frente al altar de su devoción se arro- dilló persignándose, cruzó los brazos y elevando su rostro un poquito *ladiado*, lo endulzó humillándolo mientras de- jaba caer una plegaria.

Fué en este momento cuando el te- rremotó que había estado un siglo con el pelo cortado haciéndose el *babieca*, entró de golpe en la iglesia, y como un nuevo Sansón, agarró las columnas y sacudió.

Agruelio tuvo tiempo de ponerse en pie.

—¡Santo Dios, santo juerte!...

Era tarde, el patrono había soltado su bomba de anarquista. Tambaleó el altar desmoronándose como una torta seca; se rajó el muro tremendo y el santo, perdiendo los estribos vino a dar en la cabeza de Agruelio con su ladri- llo bíblico.

La repunta

—¡Mama, mama, el poyo me quitó la tortiya e la mano!..

—¡Istúpida!!

La *istúpida* tenía doce años, era gor- dita y *ñatia*, su cara amarilla moqueaba y su boca despintada, siempre *abrida* y triste mostraba dos dientes anchos e inexpresivos. Lamiéndole la frente le bajaba el *montarrascal* del pelo, *canche* y marchito. Vestía mugre larga y vuelu-

Cuentos de barro, por Salarrué

= Envío de Gabriela Mistral. =

El sacristán

Se llamaba Agruelio, era casi joven, casi viejo; su cara era rostro. *Sonreiba* beatíficamente con la dulzura triste de las bocas sin dientes. Era moreno, de pelo gris, de ojos grises, de manos gri- ses, de traje gris, de alma gris... Iba siempre agachado, iba por el corredor del convento, por el suelo de la Iglesia siempre desierta, arrastrisco como una *cuea*, como ratón. Tenía quien sabe qué de solterona a pesar de que en aquel paradógico hogar donde la falda era masculina, daba la idea de la esposa del cura. Los tacones de sus zapatos *burros* no podían olvidar el martillo del zapatero, martillaban constantemente el eco impregnado de incienso de aquella tumba fresca.

Agruelio salía de allí muy raras ve- ces. Era una especie de topo parroquial. De cuando en cuando se aventuraba en el atrio para ver la hora en el reloj de la torre. Miraba a la calle como quien mira al mar, miraba al reloj como quien consulta los astros. El mirar tan alto le mareaba. Frotaba sus cejas felpudas y breñosas y entraba tambaleante a su cueva.

Tak, tak, tak... los tacones buscadores de tesoros. La nave del templo iba per- dida en una tempestad de silencio, iza-

das todas las velas de esperma con sus fuegos de San Telmo. En la popa, como un mesana desmantelado iba el crucifijo.

Agruelio era devoto de Santo Domingo. Santo Domingo vivía en el rincón más olvidado del crucero de la iglesia.

Era aquel un rincón arrinconado, os- curo, frío. La casa del santo era un altar antiguo de un dorado de *kakaseca*, or- namentado churriguerescamente con es- pirales terrosas, guirnalda de mugre, gajos de uvas, piñas, granadas, pájaros muertos, mazorcas de *mais* y rosas pe- trificadas. Tenía en la portada unos pi- lares como pirulíes, unas columnitas de pan francés, unos capiteles de melco- cha; y por las paredes hojas, hojas, be- jucos, rueditas, *chirolas*, colas de alacrán y arañas de verdad.

De pie en el portal, el santo, todo vestido de negro y blanco, miraba lán- guidamente tras el vidrio del camarín. Tenía en una mano una bomba de anar- quista, y en la otra un libro como un la- drillo, a sus pies un chuchito de circo. Su rostro era lampiño a pesar de la barba postiza de madera. Era calvo el pobre y miraba como con hambre.

Agruelio lo amaba; se parecía algo a él de tanto contemplarlo. Se robaba las candelas del Niño de Atocha (que era